

# 1

El día que murió mi madre también hacía sol. Fue una mañana de mayo radiante, tan limpia que dolía mirar al cielo de lo azul que estaba. De pequeña pensaba que nadie se podía morir en un día claro de primavera, que la muerte siempre venía envuelta en una capa negra de noche y frío y que el sol la alejaba como los ajos a los vampiros.

Acababa de dejar a los niños en el colegio cuando me llamó la Guardia Urbana, encontraron mi número como última llamada realizada en la agenda de su móvil. Recuerdo cómo las palabras dispersas se fueron ordenando en mi cabeza sin acabar de entenderlas bien hasta que al mirarme los pies, era el primer día que llevaba sandalias, y verlos tan pálidos, comprendí que mi madre había muerto, que me estaban aplazando la verdad en pequeñas dosis para que llegara yo sola a comprender lo que poco a poco se iba formando en mi cerebro: Muerta, está muerta. Sí, muertas todas mis madres, la que cuidaba de mí de niña y amaba por encima de todas las cosas, la que me quitaba el miedo y me soplaba las heridas cuando me hacía daño, la malhumorada y protestona de mi adolescencia, la joven, la guapa, la delgada con tacones, la gorda con canas, la mujer que volvió a convertirse en madre cuando yo parí.

El sol no protege de nada y los vampiros no existen.

Seguí viviendo en un mundo nuevo con un vacío, con un agujero negro que se ensanchaba con todo lo que me recordaba a ella, la de veces que pasando por delante de su casa pensé en subir o, al coger el teléfono, tuve la sensación de que era ella quien me llamaba. No está, tenía que repetirme, nunca más va a estar.

Poco a poco los recuerdos se me fueron colocando por capas, primero venían los dolorosos, los más recientes acerca de su muerte y su ausencia, luego los neutros y los de las cosas cotidianas. Hasta que un día sin que pasara nada especial me sorprendí sonriendo a una señora que llevaba el pelo azul que era cómo nos amenazaba que se lo teñiría cada vez que le decíamos que siempre llevaba el mismo peinado.

Mamá acababa de cumplir sesenta y dos años el día que un motorista la atropelló dándose a la fuga en la calle Aribau, nadie vio la matrícula, incluso una mujer llegó a decir que no llevaba placa, tan sólo encontraron junto a ella un zapato de hombre, un calzado del cuarenta y seis con unas letras semiborradas en su interior: "Gum", ponía. Ironías de la vida, ese había sido el nombre de nuestro primer perro.

Mi madre se llamaba Olga y había nacido en Guipúzcoa, en un caserío cerca de la ciudad de Tolosa. En su familia a casi todas las mujeres les ponían de nombre Felisa o Juana, el llamarse Olga fue un misterio durante mucho tiempo, la abuela nunca quiso explicar la verdadera razón de por qué a su única hija le había puesto un nombre tan poco habitual para aquellos lugares; decía, medio en broma medio en serio, que fue por la Biblia y así quedó, hasta que un día, de mayor, teniendo ya la cabeza perdida, la abuela empezó a hablar en algo que parecía ruso. Trajeron al médico, más por curiosidad que por otra cosa. Don Ildefonso era un hombre culto, de mundo y reconoció algunas palabras ayudado de un antiguo diccionario que encontró en la biblioteca. La gente del pueblo no dejaba de murmurar, en aquella época cualquier cosa inexplicable que no fuera mala se consideraba un milagro. Fue Doña Remedios Azkoitia, una anciana que había sido amiga de la abuela desde niña y que conservaba una memoria prodigiosa, la que recordó que durante algún tiempo en el caserón de la familia habían tenido alojado a un mozo ruso muy corto de luces que la adoraba, cuando ella era muy pequeña y que siempre estaban juntos, se llamaba Sergei, la abuela Felisa en su delirio no dejaba de repetir aquel nombre junto con el de Olga, no hubo

manera de saber quién era ella, pero a mi madre le quedó claro que su nombre provenía de aquel antiguo recuerdo de infancia, por lo menos así nos lo explicó a mi hermano Joan y a mí.

Allá por los años setenta, mamá se vino a Barcelona para estudiar medicina y cumplir su sueño de ser psiquiatra, en aquella época no era fácil ir a la universidad siendo mujer, después de mucho batallar con la familia lo consiguió y se fue a vivir a Cataluña a casa de unos parientes. Allí conoció a mi padre, él era el hijo del propietario de una importante librería de la calle Balmes que estaba especializada en temas de psicología, allí encargaba los libros de texto, de tanto ir y venir a la tienda se enamoraron y se casaron enseguida. Siempre decía que había sido un martirio estudiar, trabajar y criar a dos niños pequeños sin ayuda en casa, porque por aquel entonces los hombres no colaboraban en nada. A pesar de todo fueron felices, por lo menos eso pensábamos mi hermano y yo hasta que un día, así sin más, mi padre se fue de casa, se había enamorado de una mujer más joven y decía que ya no nos hacía tanta falta, porque éramos mayores, que su vida no tenía ningún sentido si no la vivía con ella. Al año volvió, pero mamá no pudo perdonarle ni quiso volver a vivir con él, se había acostumbrado a estar sola sin dar cuentas a nadie centrándose en su consulta y dedicándose por entero a sus pacientes y a asistir a todos los cursos y congresos que se le presentaban. Nada ni nadie la hicieron cambiar de idea, ni siquiera cuando mi padre enfermó y tuvo una depresión grave al verse obligado a malvender la librería a un conocido grupo editorial francés. Ella iba cada día a verle y le cuidaba como a un buen amigo, nada más.

Decía que era muy feliz así, pero poco después de casarme yo, mi hermano Joan se fue a trabajar a Ámsterdam, entonces sí que notó la soledad, con él tenía una relación muy especial. Joan era seropositivo, había estado tonteando con las drogas desde muy joven, también había pasado una época muy inestable con continuos cambios de pareja y de estudios, pero eso en vez de separarlos, de disgustarla, creó una complicidad entre los dos que a mí me era difícil de soportar porque siempre me sentía excluida. Yo, según ella, no necesitaba nada, tenía un marido y dos hijos, una carrera, lo tenía todo, pobre Joan, lo que yo le llegué a envidiar por ser el favorito de mi madre.

Un día a principios de julio, aunque sin ánimos ni ganas, empecé a asumir su ausencia y a vaciar su casa, a regalar, a donar, a arreglar todas sus cosas, también me tocó desocupar su consulta y ordenar los archivos de sus pacientes. Aproveché las vacaciones en la facultad, en donde daba clases por las tardes y me puse a trabajar en ello. Alguien lo tenía que hacer. Podía haberme ayudado mi padre o mi hermano, pero no, mi hermano no podía enfrentar todo aquello, estaba demasiado afectado. Lo hice yo, aún no sé de donde saqué fuerzas. Lo hice de prisa, sin pararme mucho a pensar, era demasiado doloroso.

Después del piso de la calle Valencia seguí con su despacho. Desde el primer momento decidimos seguir pagando durante algún tiempo el alquiler. Hacía más de treinta años que visitaba allí compartiendo servicios y secretaria con otros profesionales médicos. La enfermera derivaría sus pacientes a otros psiquiatras y psicólogos de confianza, pero el problema era que en la consulta quedaban cientos de historias antiguas archivadas en sobres naranjas que tendríamos que guardar en casa o destruir. Como era un engorro almacenar tantos papeles pensé en eliminar todos los historiales clínicos de personas que llevaran más de quince años sin venir que era lo que aconsejaban las normativas. Lo primero que hice fue comprar una destructora de documentos en una de esas macrotiendas de informática de las Rondas.

Un señor con cara de dolor de estómago que se apoyaba continuamente en la pared me aconsejó un modelo sobrio, pero muy digno, vamos, el más barato, sólo tenía un inconveniente únicamente podía destruir los documentos de tres en tres porque si no se recalentaba, era un poco lento porque tenía que esperar a que se enfriara, pero me pareció bien, sobre todo porque para eso de la tecnología soy una calamidad y no me ilusiona gastar demasiado dinero en cosas electrónicas que al día siguiente quedan obsoletas. Nunca hubiera imaginado hasta qué punto aquella máquina iba a cambiar mi vida y la de mi familia.

La consulta de mamá estaba en el barrio de Gracia, en un edificio noble de la plaza Lesseps con vidrieras y elementos modernistas en la portería, allí habían rodado años atrás una película de Almodóvar. Hacía muchísimo tiempo que no iba, la última vez que estuve fue para que un dermatólogo, que entonces visitaba allí, me tratara el acné. Recordá-

ba que el mostrador de secretaría estaba en la entrada flanqueado por dos ventanales con vidrios opacos y que los despachos ocupaban todo el entresuelo. El de mamá era el que estaba al final del pasillo. Alicia, una chica sudamericana con bata blanca y expresión risueña me abrió la puerta y me entregó la llave del archivo. ¿Quiere que le prepare un café?, uno de los pacientes del doctor Dalmau ha traído una tarta que parece muy sabrosa, le irá bien tomar algo. Dijo con su acento meloso y pausado. Le di las gracias y rechacé su oferta poniendo una excusa tonta, porque tampoco era cuestión de explicarle lo que me gusta la tarta y lo poco que me cuesta engordar.

Entré con cuidado, como invadiendo algo ajeno y descubrí sorprendida que todo estaba cambiado, que no recordaba nada de lo que había allí, aunque quizás era normal después de tanto tiempo. Una mesa de caoba que parecía muy antigua con una silla giratoria y dos butacones tapizados en color tostado era lo primero que se mostraba al abrir la puerta; reconocí el diseño, era de un famoso arquitecto y decorador barcelonés. En el suelo y haciendo juego con los tonos cálidos de los muebles descansaba un kilim de colores ocre y tierra; en una de las paredes, encima de una chimenea, de esas ornamentales en donde el fuego siempre está apagado, se apoyaba una litografía de Ràfols Casamada; junto a la ventana dos retratos al óleo realistas, sin firmar, seguramente de principios del xx, que me parecieron muy buenos y un gran armario de la misma madera oscura igual que la puerta. Era en donde se guardaban los historiales.

Estaba en el santuario de mi madre. Todo me era extraño y distante, como si fuera de otra persona. Aquel universo siempre me había estado vetado, sobre todo desde que se separó de mi padre. Era su otro mundo, por el que nos abandonaba a mi hermano y a mí cada día. Me acordé de lo sola que me sentía siempre que llegaba del colegio y no encontraba a nadie esperándome en casa, recordando cómo había odiado a aquellas personas que venían a contarme sus problemas mientras yo tenía que ayudar a hacer los deberes a mi hermano y preparar la merienda. Sin pensarlo dos veces descolgué el interfono y acepté la oferta de Alicia.

—Aquí tiene, que a nadie le amarga un dulce, seguro que trabajará mejor con algo calentito. Ah! Y no se preocupe señorita Blanca, que yo